

UNA AMIGA

Yo siempre había pasado mucho tiempo con mi abuelo, Antonio, le consideraba mi mejor amigo, hacíamos todo juntos, íbamos a pescar, de paseo, me daba consejos, jugábamos al ajedrez... Era incapaz de imaginarme la vida sin él.

Él era muy alegre, siempre hacía reír a todos los que le rodeaban, le encantaba ir de excursión con sus amigos y disfrutar de tiempo con su familia, pero lo que más feliz le hacía, era estar conmigo.



Un día, nos encontrábamos comentando un libro que habíamos leído recientemente, yo disfrutaba de esos ratos de reflexión con mi abuelo, debido a que siempre me explicaba cosas de las que yo jamás me habría dado cuenta sin él, pero aquel día, le estaba costando expresarse más de lo normal, se olvidaba de los nombres de los personajes, no conseguía acabar algunas frases y, a veces, incluso repetía lo mismo. En ese momento, no me preocupó, debido a que pensé que habría dormido mal o algo por el estilo.

Los siguientes meses noté que mi abuelo seguía presentando estos síntomas que cada vez iban a peor. Finalmente me decidí a contarle a mi madre, Olga, lo que pasaba pero simplemente me ignoró y me dijo que seguramente era la edad.

Me preocupaba tanto la salud de mi abuelo que los siguientes meses le observé de cerca. Él siempre había sido muy ordenado y maniático por lo que yo ya conocía perfectamente dónde guardaba todo, llevaba años sin cambiar el orden de su casa y de repente, lo había movido todo, no se acordaba de dónde dejaba siempre su paraguas, su bolígrafo preferido, su teléfono... Todo, cambiado de sitio de la noche a la mañana, es como si hubiera olvidado todas sus manías y su orden, no era normal.

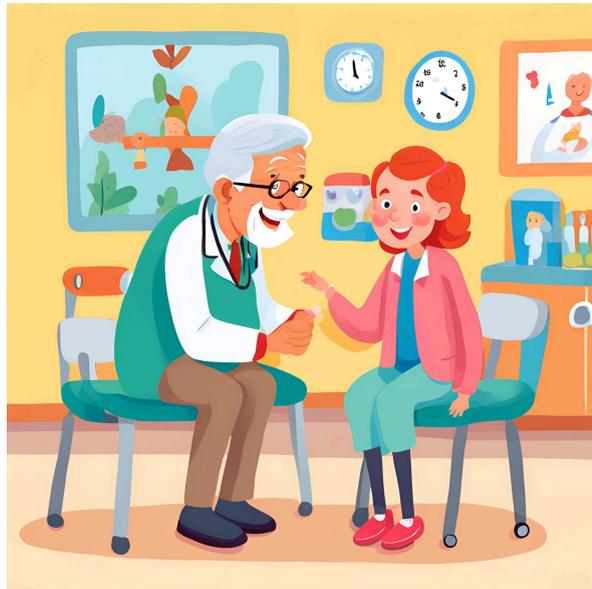
Al haber pasado ya más de un año desde estas anomalías, seguí insistiendo a mi madre en que deberíamos llevar al abuelo al médico para hacerle una revisión, mamá, ya harta de mi pesadez, accedió a acompañarle al doctor.

Al día siguiente, nos dirigimos al centro de salud de la ciudad y pedimos una cita en el médico del abuelo, pero tendríamos que esperar algunas semanas.

Al llegar ya el día de la cita, fuimos a recoger al abuelo y le llevamos a la consulta. Después de esperar un largo rato, fue su turno.

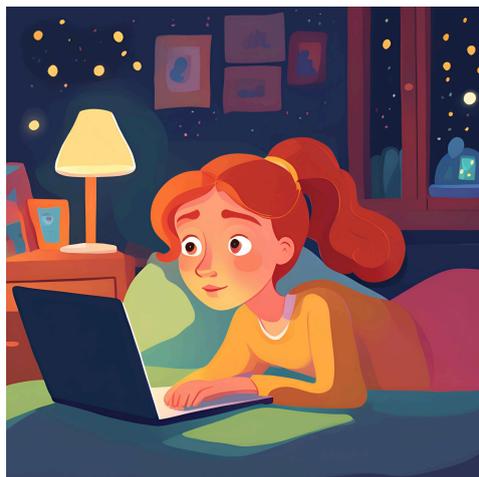
El médico le examinó y después de media hora nos dijo que quizá sería mejor hablar con un neurólogo en el hospital, ya que él no estaba capacitado para realizar una consulta tan concreta.

Alzheimer. Esa palabra resonaba en mi cabeza desde que el neurólogo la pronunció. Mi mejor amigo, padecía alzheimer. No sabía qué había hecho mal mi abuelo para merecerse eso. Lo único que sabía era que tenía que ser fuerte para él, mi abuelo, él siempre me había ayudado, ahora era mi turno, debía mostrarme valiente por él.



Durante los siguientes dos años, estuve ayudando a mi abuelo que poco a poco presentaba más dificultad a la hora de recordar días importantes y realizar tareas que antes hacía con mucha facilidad. A medida que avanzaba el tiempo, también lo hacía su enfermedad, para la cual, yo estaba recaudando dinero con ayuda de mi familia.

Yo no era una niña común de dieciséis años, era experta en alzheimer, había pasado noches enteras sin dormir buscando información para ayudar a mi abuelo, había leído libros, páginas web, había visto vídeos; todo para ayudar a mi abuelo.



Antonio se mostraba cada vez más sensible, irritado e irascible, el amigable y calmado abuelo de antes, era más emocional y susceptible, pero yo no dejaba de estar ahí para él.



Poco a poco, había empeorado y se había hecho más dependiente, pero eso a mí no me importaba, yo seguía intentando que mi abuelo siguiera haciendo las cosas que tanto disfrutaba, siempre le proponía jugar partidas de ajedrez debido a que el médico me recalcó lo importante que era tratar de ralentizar la pérdida de memoria, aunque finalmente, él había olvidado completamente que hacía un alfil, una torre o un peón.



Mi abuelo no recordaba cómo volver a casa desde el supermercado, o cómo preparar su bizcocho favorito, no recordaba a dónde iba a pescar conmigo, o cómo jugar a su juego preferido, pero sí recordaba su infancia, su juventud, parecía como si los recuerdos más recientes se esfumaran mientras que los más antiguos seguían presentes en su mente. Yo me percaté de eso, porque él seguía hablando de su niñez, pero era incapaz de acordarse de lo que habíamos hablado hacía cinco minutos.

Habían pasado ya cuatro años desde que el abuelo comenzó a presentar síntomas de su enfermedad, había empeorado y ya iba en silla de ruedas, por lo que mamá decidió buscar a alguien que pudiera cuidar a de él cuando ella trabajara y yo estuviera en el instituto. Así fue como encontró a Mónica, una chica muy agradable e inteligente que acompañaría a al abuelo cuando nadie más pudiera.



Me había hecho amiga de Mónica rápidamente y le había contado todo sobre mi abuelo para que lograra comprenderlo mejor. Así, el abuelo había conseguido una nueva amiga a la que quería como a una nieta, pero eso pronto se acabó, puesto que había comenzado a perder memoria más rápido.



Había empeorado mucho, el alzheimer era cada vez más notorio y sus recuerdos se desvanecían con más facilidad. Él era completamente dependiente y su comportamiento era cada vez más impredecible. Ahora era incapaz de mantener una conversación, por lo que Mónica y yo, nos pasábamos horas contándole lo que habíamos hecho ese día, o sobre alguna idea ingeniosa que habíamos tenido, pero el abuelo no contestaba, o respondía con una palabra sin sentido.

Ya había olvidado a sus amigos, y muchas otras cosas importantes, tampoco recordaba a Mónica o incluso a mamá, pero seguía sabiendo quién era yo, que le visitaba todos los días para comprobar su salud.

Un día, llegué a casa del abuelo, para encontrarle mirando por la ventana con la mirada perdida en el horizonte, de repente, se giró y me preguntó

–¿Quién eres?–Las lágrimas se deslizaron por mi mejilla, pero comprendí que era algo que habría tenido que pasar tarde o temprano de cualquier forma.

–Una amiga–Respondí con un tono triste y una sonrisa en la cara.

Adriana de Pedro Bonachera